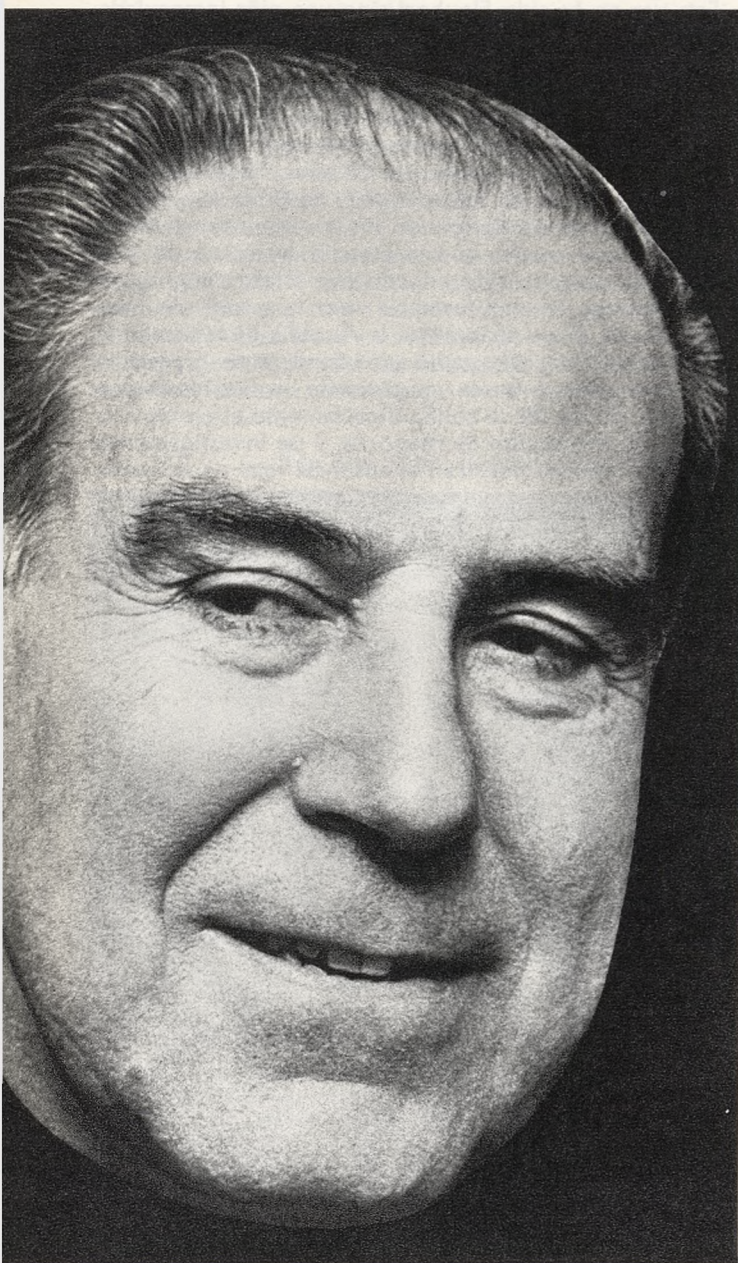


ALONSO ZAMORA VICENTE

entrevista de Javier Villán con el Secretario de la Real Academia Española



DON Alonso Zamora Vicente es académico de la Real Academia de la Lengua desde 1966. Ocupó la vacante de Melchor Fernández Almagro y su candidatura fue presentada por Dámaso Alonso, Luis Rosales y Manuel Gómez Moreno. Los méritos que lo han llevado al sillón «D» son muchos y variados, pero, fundamentalmente, sus estudios e investigaciones sobre dialectología. Define la Academia como lugar de trabajo y en la utilización precisa y armónica del lenguaje se va definiendo en su charla como un hombre equilibrado, correctísimo, levemente irónico, seguro de lo que afirma. Es secretario de la citada corporación creo que desde 1969, ve con lucidez y flexibilidad los problemas del lenguaje y, desde su óptica de filólogo, aporta las soluciones que le parecen oportunas y necesarias. No se le advierte, sin embargo, ningún énfasis de protagonismo y en más de una ocasión ha definido así su misión en la Academia: «Soy un ayudante para las tareas filológicas, en las que la Academia trabaja sin descanso».

Su trayectoria como investigador y analista del lenguaje, como estudioso de los grandes escritores de nuestra lengua ha oscurecido quizá su condición de narrador. Gran parte de sus narraciones se hallan recogidas en el volumen *A traque barraque*. Cuando le pregunto si no le molesta que su vena creadora sea poco conocida dice que ni le preocupa ni se le ocurre hacer comparaciones entre sus dos actividades, que nadie puede saber el alcance de, etc... En definitiva, es la reafirmación de una vieja postura. Sobre el mismo tema dijo en alguna ocasión: «No doy ningún valor a mi obra narrativa. Escribo porque me divierte.» En el fondo, yo creo que en toda obra hecha con entrega y cariño hay siempre un aspecto lúdico y festivo. Es lo que identifica profesionalidad con diversión. Una síntesis fructífera.

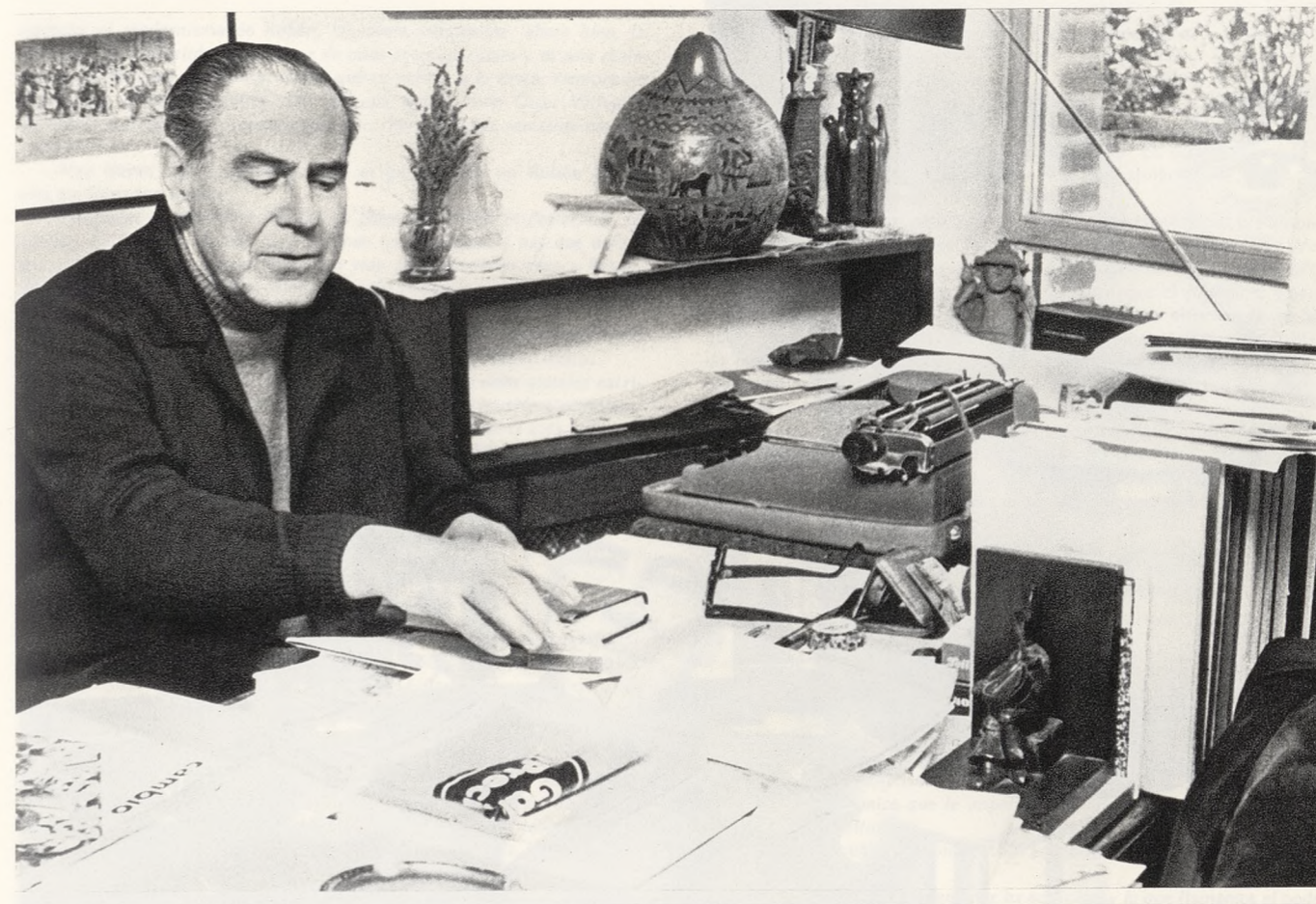
Cuando se dice que una persona habla bien una lengua, ¿qué quiere expresarse exactamente?

—Yo creo que no se quiere decir nada. Hay un ideal de lengua al cual la gente pretende acercarse más o menos. Pero yo creo que en nuestro país no hay amor por la lengua. El ideal de lengua varía según los tiempos. Hubo un momento en que se consideró como tal la lengua toledana. Y esto no era exacto porque las formaciones que han llevado al español a ser lo que es venían de Castilla la Vieja. En otro momento, se pensó en una norma sevillana porque era lo que respondía a lo más amplio del mundo hispánico. En cierta forma yo soy conservador y pienso que el ideal de lengua ha de estar en los medios educados cualquiera que sea el lugar de nacimiento.

PLANO UNIVERSAL DE LA LENGUA

—Consecuentemente, como ocurre a menudo, no puede identificarse la pureza de la lengua con determinadas regiones.

—Evidentemente. Se trata de un fenómeno sociocultural. La lengua se mueve en un plano general en el que estamos todos. Cuando este nivel general desciende entramos ya en un habla dialectal, y cuando ese nivel asciende se hace literatura. El nivel de lengua, pues, viene dado por esa



—Pues, mire usted, el tema es lo suficientemente importante para hacer algunas consideraciones. Los españoles peninsulares somos en estos momentos una minoría y hasta si me aprieta usted una minoría arcaizante. Es decir, que el meridiano de la lengua ya no pasa por Madrid. Aquello que dicen de que los españoles somos los dueños del idioma no es verdad. El dueño del idioma es cualquier persona que hable español donde quiera que esté y su obligación es cuidarle, cultivarle y buscarle nuevas facetas. El meridiano de la lengua hoy, por muchísimas razones, es una línea en zigzag que pasa por Buenos Aires, Lima, Bogotá, México, Madrid, La Habana, diversos sitios, en definitiva, donde hay distintas estructuras políticas,

El próximo se celebrará en Santiago de Chile. No hay, como usted ve, condicionamientos políticos. Los contactos entre las distintas Academias están por encima de realidades y circunstancias políticas de los distintos países.

LITERATURA HISPANOAMERICANA

—El vitalismo de la narrativa e incluso de la lírica sudamericana, ¿puede ser elemento decisivo en esta preponderancia lingüística?

EL MERIDIANO DE LA LENGUA NO PASA EXCLUSIVAMENTE POR MADRID

franja intermedia, por ese plano general en el que dentro de unos formas de respeto, de educación y de cultura, nos hallamos todos.

—Esto supone la posibilidad de llegar, a través de la lengua, a conclusiones, a deducciones de índole varia. Es decir, que el lenguaje puede aportar una serie de pistas para analizar los contenidos y el carácter de una época, de un individuo.

—Cierto. A través de la conversación, la persona que tenga el mínimo de olfato lingüístico nota en seguida de qué pie cojea la persona que está hablando. Según el carácter y la formación intelectual hay una predilección por ciertas palabras, por determinados sufijos. Hay incluso una entonación especial que fuera del ámbito en que la persona vive no tiene vigencia. De la misma manera pueden detectarse ideologías, formas de pensamiento, etcétera...

—Cuando la fuerza numérica de los españoles ha sido rebasada por Sudamérica, con mayor cantidad de hispanohablantes, ¿qué fuerza puede tener España para imponer sus normas lingüísticas?

distintas concepciones de la sociedad y donde hay unos conglomerados humanos gigantes. Las ciudades tienden siempre un poco a ser guía de la colectividad.

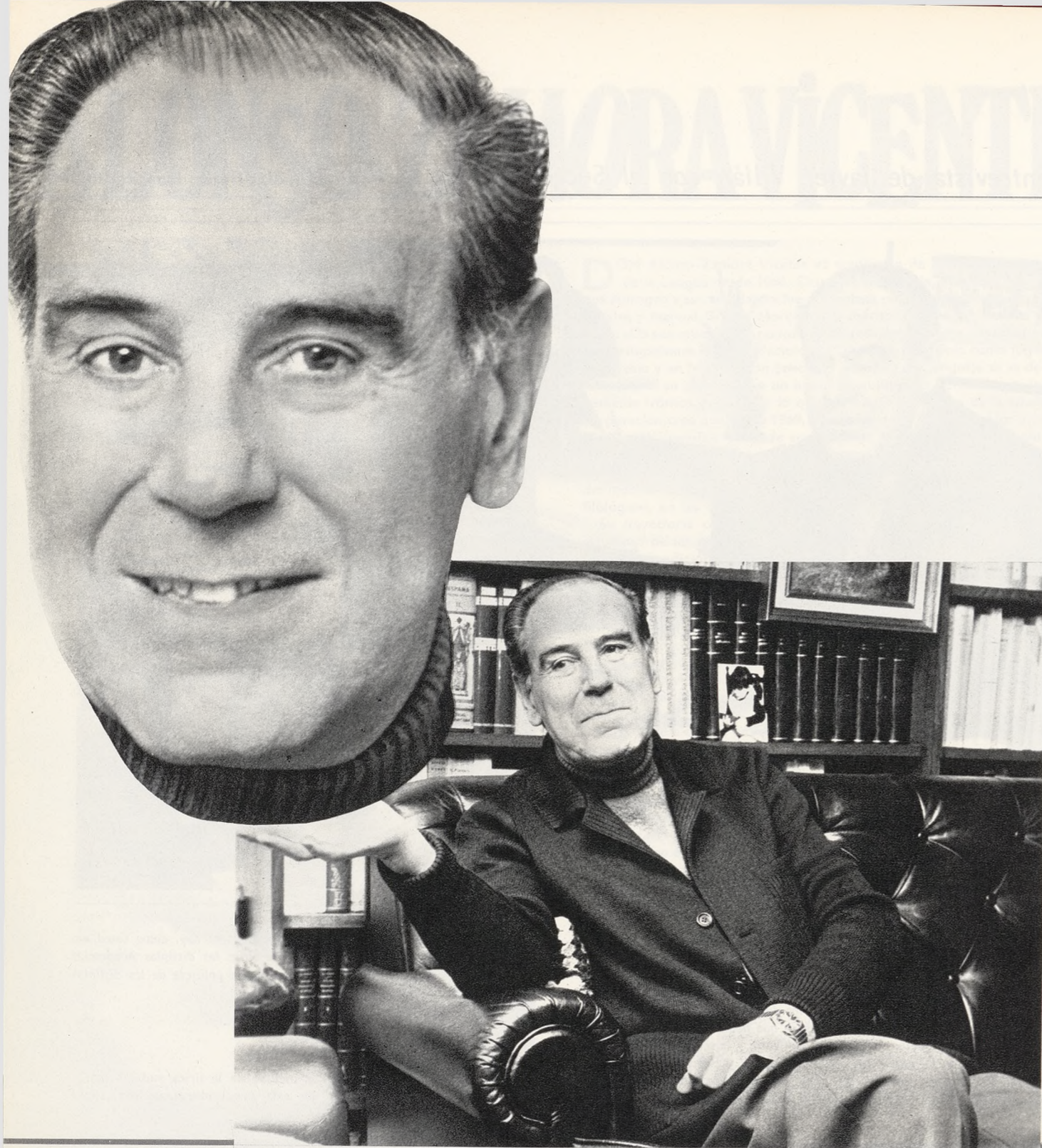
—En definitiva, que cualquier país sudamericano podría dictar normas sobre el lenguaje con idéntico derecho que España.

—Naturalmente que tienen derecho a ejercer un papel rector en la vida del idioma. Como usted sabe, en todos estos países hay una Academia de la Lengua y la visión de futuro de la Real Academia Española ha sido tal que hoy se la puede considerar la entidad que sencillamente rige el idioma. Está en situación de igualdad con las Academias sudamericanas. Hay una asociación de Academias de la lengua española, un pacto multilateral firmado por todos los países que hablan español. La entidad decisora es el Congreso de estas Academias a través de su Comisión Permanente que reside en Madrid. Lo que ocurre es que las Academias hispanoamericanas conceden por cortesía y por respeto al valor histórico cierta dirección a la Real Academia Española. Los Congresos se reúnen cada tres o cuatro años.

—Si usted habla, incluso en ambientes universitarios, de este vitalismo literario, creo que todos pensarían en los novelistas. Pensarían en Vargas Llosa, en García Márquez, en Donoso, Fuentes, Cortázar, etc... En estas cosas hay siempre una especie de pequeña erudición superficial a veces errónea. Hablando de Méjico, seguramente que muchos pondrán los ojos en blanco al hablar de Rulfo, por ejemplo. Me parece muy bien, y es un excelente escritor, pero muy pocos conocerán probablemente las novelas de Elena Paniatoski. Hasta verte Jesús mío, por ejemplo, es un libro prodigioso si bien yo sigo pensando que lo mejor de Méjico es Carlos Fuentes que en una estructura extraordinaria de novela ha logrado encerrar los grandes problemas del mundo sudamericano.

—¿Usted cree que concurren idénticas características en la novelística de los distintos países?

—Yo creo que, sobre todo, la literatura sudamericana ha sido una voluntad de existencia, un deseo de demostrar que están ahí. Pero no se olvide que han dado cimas muy destacadas a lo largo del XIX; los románticos, por



ALONSO ZAMORA VICENTE

ejemplo, el modernismo de Rubén, la novela indigenista. Ahora bien, la novela se ha convertido en portavoz de unas preocupaciones y de una realidad social de estos momentos. Por lo que se refiere a la lírica, siempre ha habido una lírica espléndida. Ahí está una figura como César Vallejo o Molinari, el movimiento modernista, etc... Porque claro, nuestros modernistas...

—Hay quien sigue pensando que el germen de un Rubén Darío está en Salvador Rueda.

—Son ganas de perder el tiempo. La poesía de Rueda es destacable, es buena... En España, además, nos dominan los localismos y hay que defender al escritor de la propia tierra. En vida jamás hicieron caso a Rueda, pero si luego se le ocurre a usted dudar de Rueda le ponen en el furgón de cola.

—Estábamos hablando de la posibilidad de que sea este dinamismo creador lo que dé la primacía del idioma a los sudamericanos.

—No, no creo que sea esto, si bien la mayor parte de estos grandes escritores pertenecen a la Academia de su país. Si alguno no ha sido elegido académico, como es el caso de Octavio Paz, es porque se pasa la vida viajando. Lo que yo creo es que los sudamericanos cultos van viendo cada vez con mayor claridad que lo que puede unirnos es la comunicación que puede existir entre ellos y que esta comunicación hay que expresarla en español. Son muy buenos colaboradores.

INNOVACION Y TECNICISMOS

—Quisiera que usted me hablara de la evolución del idioma, de las necesidades de transformación e incorporación de nuevos vocablos y del purismo y fidelidad a unos orígenes. Llegan los tecnicismos, aparecen conceptos nuevos, ¿hasta qué punto es real o ficticio este aparente enfrentamiento?

—Yo entiendo muy bien que usted se plantee este problema. Yo veo el problema, fundamentalmente, en lo que usted ha dicho de los tecnicismos. La lengua es siempre el espejo más eficaz donde se ve la realidad socio-cultural en que se está viviendo. El español es, dentro de las lenguas románicas, la que posee mayor riqueza desde un punto de vista literario. Hay que decir a gritos que es la única lengua románica que ha creado mitos universales. La Celestina, don Quijote, don Juan, etc... son inconcebibles en otro ámbito lingüístico distinto del español. Pero desde el punto de vista de la técnica, de lo que podríamos llamar puro racionalismo, el español es una lengua pobre. No hemos inventado el binomio, ni el microscopio. La ciencia que han hecho los españoles es una aportación digna, sencilla, pero incomparable con lo que hemos tenido en otros campos. Los místicos, por ejemplo, hoy tan poco valorados, cuando leer a Santa Teresa creo que es una de las aventuras más espléndidas a que uno se puede entregar. Y no digamos de San Juan de la Cruz. Pero esto en la sociedad en que estamos, o hacia la que vamos, no se lleva. Estamos asistiendo a la muerte de una cultura y al nacimiento de otra, basada, sobre todo, en un cierto tipo de ciencias experimentales que han venido mostrando sus balbucesos desde los años veinte y que están en pleno auge. Fijese usted dónde se queda el

ejemplo, el modernismo de Rubén, la novela indigenista. Ahora bien, la novela se ha convertido en portavoz de unas preocupaciones y de una realidad social de estos momentos. Por lo que se refiere a la lírica, siempre ha habido una lírica espléndida. Ahí está una figura como César Vallejo o Molinari, el movimiento modernista, etc... Porque claro, nuestros modernistas...

—Supongo que este remozamiento del idioma, esta influencia foránea ha de afectar solamente al vocabulario. El, digamos, esquema de la lengua, la estructura, sus peculiaridades sintácticas, etc... han de permanecer invariables, ¿no?

—Claro, cuando le digo a usted que todos esos tecnicismos procuramos adaptarlos a la vida fonológica del español es pensando en eso, en las estructuras de nuestra lengua. Y ya le digo que se va logrando mucho. No es excesivamente difícil, porque tenga en cuenta usted que el inglés, el alemán y no digamos el francés recurren constantemente a los orígenes de las lenguas clásicas. Los franceses, que también se ven amenazados, están haciendo una labor extraordinaria. Han creado un alto Comité (vea usted otro galicismo) para cuidar del vocabulario técnico del francés. Estamos en contacto con ellos. Es curiosa la diferencia de actitud ante la propia lengua. Los franceses publican en una especie de Boletín Oficial del Estado, por decreto, las palabras que deben ser empleadas. Figúrese usted si un día por decisión del Consejo de Ministros, se empezara a ordenar a la gente, aquí (que se organizan las mayores griterías porque no se ha elegido académico a un amigo), cómo y qué palabras se deben utilizar, cómo se han de utilizar los acentos, etc... Lo que iban a decir de nosotros.

—Dirían que se habían politizado ustedes. Por cierto, la Real Academia ¿es un organismo apolítico?

—Hombre, qué cosas dice usted. Yo soy el secretario, y secretario viene de secreto.

—Aparte de secretario es usted académico.

—Bueno, yo tengo mis ideas políticas y además las ejerzo. Lo que ocurre es que el «zoon politíon», que decían antes, y que ahora creo que se ha quedado sólo en «zoon», ha de manifestarse en una comunidad. La Academia, y esto se puede afirmar rotundamente, es enormemente respetuosa con sus miembros. A nadie se le pregunta jamás por ese tipo de ideas. A la Academia lo único que le importa es la labor que se hace en pro del idioma y de la cultura.

—¿Nunca se rechazó a un posible académico en razón de algún tipo de ideología?

—Yo creo que no y, si alguna vez ha ocurrido, y lo que llamamos el poder ha conseguido imponer sus puntos de vista, la paciencia de la Academia, muy bien documentada, lo ha remediado al cabo de algún tiempo.

NECESIDAD DE COMUNICACION

—La Academia ¿es la primera responsable del idioma o se limita a sancionar lo que a través de la lengua popular le llega?

—El español es una lengua hecha de abajo a arriba. La Academia se limita, en todo caso, a encauzar posibles deformaciones. Pero la Academia lo que hace es consagrar, dar un espaldarazo de vigencia a lo que se ha ido haciendo en la calle.

EL MERIDIANO DE LA LENGUA NO PASA EXCLUSIVAMENTE POR MADRID

éxtasis de Santa Teresa o dónde se queda ese prodigio de ternura y de sátira que es don Quijote al lado de la desintegración del átomo o de los viajes a la luna. Esto no se hace en español. Así que nos invaden una serie de palabras a las que hay que hacer frente. Por ello en los Congresos se han creado unas Comisiones de vocabulario técnico que trabajan en estrecha unión con las Academias científicas y cuya misión es fijar el nombre de todas esas cosas de una forma castellanizada dentro de la vida fonológica del español. Yo creo que se van consiguiendo bastantes resultados.

—Y los puristas, ¿no se alarman?

—Una defensa únicamente purista no vale para nada. El purismo es una especie de ortopedia, de encorsetamiento que acaba por petrificar el idioma y secar la savia creadora. A mí no me alarma esta flexibilidad para acoger vocablos procedentes de otras lenguas. Piense usted, por ejemplo, que en el siglo XIII, y a causa de los peregrinos que venían a Santiago, el castellano se llenó de galicismos. ¿Quién piensa hoy que jamón o mesón son galicismos? O jardín u otras muchas palabras. Sin embargo, en el siglo XVI es la vida

—¿Qué ocurriría con el idioma si por cualquier imprevisto la Academia desapareciera?

—Pues no sé qué decirle a usted. Hay idiomas que no tienen Academia. Los ingleses, por ejemplo, no se han preocupado mucho de su lengua. No le puedo contestar porque sería como escarbar en el futuro y yo no soy ningún vidente. No creo que pasara nada grave en un principio. Pero a la larga se notaría en esta enorme comunidad de hispanohablantes y habría, quizá, consecuencias no del todo justificables en algunas de estas comunidades que forman la comunidad total. Piense, por ejemplo, en Puerto Rico, gravemente sometido a un peso extranjero, o en las comunidades hispanohablantes del Sur de Estados Unidos. El ideal de lengua de estas gentes pienso yo que ha de estar en México, pero por razones de índole política, de influencias y proximidades culturales y sociológicas, están un poco alejados del español. Quiero decir que si existe una necesidad de comunicación dentro del inmenso mundo hispanohablante, la norma unificadora que pueda ser aceptada por todos ha de partir de la península.—J. V. (Fotos: UBEDA.)